



COLECCIÓN LA VALIJA DIPLOMÁTICA



Carlos Miranda

VOLVER A LEVANTARSE

Relato autobiográfico de un diplomático español



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— LA VALIJA DIPLOMÁTICA, n° 67 —

MADRID • MMXXIII

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:

© Cuadernos del Laberinto

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.*

*Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.cedro.org](http://www.cedro.org); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)*

De la obra © CARLOS MIRANDA

Dirección de la colección: PALOMA SERRA ROBLES, MARÍA VENEGAS GRAU y RAMÓN GANDARIAS

Acuarela del Palacio de Santa Cruz © EMBAJADOR ENRIQUE SUÁREZ DE PUGA VILLEGAS

Colección fundada por ALONSO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y MERRY DEL VAL

Diseño de la colección: ALICIA ARÉS

[www.absurdafabula.com](http://www.absurdafabula.com)



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Primera edición: Diciembre 2023

I.S.B.N: 978-84-18997-81-5

Depósito legal: M-34413-2023

Impreso en España.



[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)



PALACIO DE SANTA CRUZ  
ACUARELA DEL EMBAJADOR ENRIQUE SUÁREZ DE PUGA VILLEGAS



# Í N D I C E

Prólogo. Por Emilio Contreras . . . . .	pág.	11
1. El Cairo. Primeras fragancias (1943-1946) . . . . .	pág.	17
2. Madrid y Bruselas. Infancia y adolescencia (1945-1955) . . . . .	pág.	33
3. Rosales. Colegio e internado (1955-1959) . . . . .	pág.	45
4. Universidad. Saliendo del cascaron (1959-1964) . . . . .	pág.	57
5. Oposición. Estudiando de verdad (1965-1967) . . . . .	pág.	66
6. Escuela Diplomática. Venganza vicaria (1968-1969) . . . . .	pág.	79
7. Ministerio. Aprendiendo el oficio (1969-1970) . . . . .	pág.	95
8. Washington DC. Primer destino fuera (1970-1975) . . . . .	pág.	106
9. Washington DC. Una “Gran Nación” (1970-1975) . . . . .	pág.	127
10. Argel. Tercer mundo (1975-1976) . . . . .	pág.	150
11. Argel. Sorteando dificultades (1977) . . . . .	pág.	169
12. Madrid, NNUU y Europa. Vuelta a casa (1977-1981) . . . . .	pág.	185
13. Madrid, Moncloa. Vericuetos políticos (1982) . . . . .	pág.	206
14. Madrid, Iberoamérica. Un Nuevo Mundo (1982-1983) . . . . .	pág.	224

15. Madrid, Iberoamérica. Naufragio (1983) . . . . .	pág.	237
16. Madrid, Defensa. Tierra de asilo (1983-1985) . . . . .	pág.	261
17. Madrid, Defensa. Ganando con el Barça (1985-1986) . . . . .	pág.	281
18. Madrid, SEGYDES. Retorno a Exteriores (1986-1988) . . . . .	pág.	305
19. Madrid, SEGYDES. Príncipe de Oquendo (1988-1991) . . . . .	pág.	318
20. OTAN. Retorno a Bruselas (1991-1992) . . . . .	pág.	338
21. OTAN. La Alianza más importante (1993-1994) . . . . .	pág.	359
22. OTAN. Días tristes (1994-1996) . . . . .	pág.	381
23. Inspección de Embajadas. En la cárcel (de Corte) (1997-2001) . . . . .	pág.	403
24. Conferencia de Desarme. Dacha con huerto (2001-2004) . . . . .	pág.	426
25. Londres. Cortesano y divulgador (2004-2008) . . . . .	pág.	440
26. Londres. Proyección de España (2004-2008) . . . . .	pág.	460
27. Londres. Catalina, Leonor y Napoleón III (2007-2008) . . . . .	pág.	481
28. Otra vez la OTAN. Otra Alianza Atlántica (2008-2009) . . . . .	pág.	504
29. Otra vez la OTAN. Fin de trayecto (2010-2012) . . . . .	pág.	523
30. Prejubilación y jubilación. Una nueva vida a partir de 2012 . . . . .	pág.	544



*A Odette que hasta que falleció me hizo feliz media vida y a Elena que me lo hizo la otra media.*

*A mis hijas Carla y Lucia, que adoro y son estupendas por sus propios méritos, así como a mis geniales nietos Fernanda, Carmen y Bosco, sin olvidar a mi «workaholic» y cariñoso yerno, Javier Rodríguez de Colmenares.*

*A los hijos de Elena, Juan y Cristina, fenomenales, que tuvieron que soportar a un padrastro que les quiere,*

*También a mis padres, que se sacrificaron por mí, y a mi parienta Clara María González de Amezúa y a su marido Lino Llamas que siempre fueron mi refugio.*

*Quiero mencionar, asimismo, a mis amigos Martín Ortega Carcelén, que me dio buenos consejos para redactar estas memorias, y Emilio Contreras que ha escrito un magnífico prólogo.*



## P R Ó L O G O

POR EMILIO CONTRERAS

Los libros de memorias tienen interés no solo por la experiencia vital de quienes los escriben sino por el tiempo que les ha tocado vivir. Y Carlos Miranda conoció en su juventud y madurez mundos diversos y distintos, incluso enfrentados. Es algo natural en un hijo de diplomático que, además, vino al mundo cuando España era un país pobre y subdesarrollado bajo una dictadura salida de una terrible guerra civil.

Nacer en El Cairo, donde su padre estaba destinado, y vivir la infancia y primera juventud en Bruselas no es algo muy habitual. En esos años conoció la Europa próspera y libre, renacida de sus cenizas tras el espanto de la II Guerra Mundial. Allí vivió, de una forma casi inconsciente propia de un niño, lo que era una sociedad abierta y tolerante. Le afectó el choque con la España de comienzos de los años cincuenta cuando sus padres lo enviaron a estudiar a Madrid, aunque fuera en un centro como el Colegio de los Rosales. La disciplina de un internado de aquellos años y la separación de sus padres es un trago difícil de pasar cuando se tienen trece años. Aunque no oculta su apego a la Bélgica que él conoció —con un punto de humor escribe que es “medio belga”— pronto comenzó a echar raíces en su país, al que habría de servir el resto de su vida.

Si algún mérito tiene este libro es la sinceridad, porque no oculta que nació en el seno de una familia aristocrática, sin el menor agobio económico, y que su padre fue, entre otros puestos, embajador de España en Bruselas y París. Vivió sus años universitarios en el domicilio familiar en una zona de alto nivel social de Madrid, bien atendido y con un coche, algo propio de quien tuvo una juventud privilegiada. Aunque su padre

siempre le insistió en que debía trabajar para tener una estabilidad profesional basada en su trabajo y no en la herencia. Recuerdo este hecho aparentemente menor por el contraste que, años después, supuso su compromiso político.

Al terminar la carrera de Derecho se encerró a estudiar unos años con la dureza del opositor, y al segundo intento aprobó los exámenes de ingreso en la Escuela Diplomática. En ese tiempo, los años sesenta del siglo pasado, vivió de cerca el crecimiento económico de España y el cambio social que generó.

En veinticinco años conoció mundos distintos. Primero fue la Bélgica libre, luego la España pobre y dictatorial, y después la España que empezaba a bracear en el camino del progreso y la libertad. Pero hubo más cambios, porque su primer destino como joven diplomático fue el Washington de la “Guerra Fría”. Allí aprendió dos cosas que le marcarían: la vida en un país democrático y la importancia de los lazos entre los Estados Unidos y Europa, a pesar de que hay un océano de por medio, y la distancia cultural y de civilización que separa el viejo continente de Rusia, aun estando más cerca. En los Estados Unidos conoció lo que es la prensa libre cuando dos jóvenes periodistas del Washington Post, Bob Woodward y Carl Bernstein, fueron capaces de provocar la dimisión del presidente de los Estados Unidos, tras demostrar que había mentido.

Antes de regresar al ministerio de Asuntos Exteriores estuvo tres años destinado en la embajada de España en Argel. Y allí conoció el reverso de la medalla de lo que había vivido en los Estados Unidos. Argelia era entonces una dictadura en la órbita de Moscú, un “país socializado” que funcionaba mal, con cortes de agua y luz, escasez y venalidad... y en el que se necesitaba un permiso para viajar a más de 30 kilómetros de Argel.

Previamente a su regreso a Madrid, y antes de la muerte de Franco, Carlos Miranda creyó que el ideario socialdemócrata debía ser la base de un gobierno democrático y se afilió al PSOE, supongo que con la sorpresa, o algo más, de las personas de su entorno social. Tras la victoria socialista en octubre de 1982, se le asignaron varios cargos de responsabilidad

política en el ministerio de Asuntos Exteriores y Defensa. Fue director general de Iberoamérica, asesor del Ministro de Defensa, director general de Política Exterior para Seguridad y Desarme, embajador en Londres y en dos ocasiones, embajador en la OTAN, lo que le permitió volver a Bélgica en la que pasó los años felices de la infancia junto a sus padres.

En ese tiempo tuvo la oportunidad de vivir en primer plano experiencias como el ingreso de España en 1986 en lo que hoy es la Unión Europea o el hundimiento del comunismo. Recuerda cuando el 20 de diciembre de 1992 el delegado ruso en el Consejo de Cooperación del Atlántico Norte anunció oficialmente la desaparición de la URSS y abandonó su asiento en el Consejo. Carlos Miranda se llevó como recuerdo la bandera roja con la hoz y el martillo que el delegado había dejado abandonada. También pudo vivir la amarga experiencia, más común de lo que parece, de las traiciones y jugadas sucias, no de sus adversarios, sino de sus supuestos amigos y correligionarios, que corroboran la célebre frase de un Ministro de la Transición: “cuerpo a tierra que vienen los nuestros”.

En noviembre de 2019, cuando el PSOE pactó con Bildu en la Comunidad Foral de Navarra, Carlos Miranda se dio de baja en el partido en que había militado durante 45 años, supongo que con la misma sorpresa de sus correligionarios que la que tuvieron los miembros de su círculo social cuando en 1975 se afilió al Partido Socialista. Con esta decisión confirmó que sus ideas están por encima de su adscripción social o de su militancia partidista.

La descripción de su experiencia vital y profesional al servicio de su país es lo que el lector encontrará en el libro que tiene en sus manos. Seguro que lo leerá con el mismo gusto con que yo lo he hecho.

Noviembre, 2023



Carlos Miranda

# VOLVER A LEVANTARSE

Relato autobiográfico de un diplomático español





## 1 EL CAIRO (1943-1946)

### Primeras fragancias

Nací en El Cairo, Egipto, el 27 de febrero de 1943. En esa época del año las temperaturas allí son suaves, agradables y la primavera cercana. La vida me acogió, pues, con simpatía a pesar de ser en plena Segunda Guerra Mundial. Debí de traer suerte a los Aliados ya que a partir de ese año cambiaron las tornas y las Potencias del Eje empezaron a retroceder. Ese mismo día los Aliados reconquistaron Bastia, la capital de Córcega. Dos o tres semanas antes de llegar yo, tuvo lugar la gran derrota alemana de Stalingrado, principio del fin para Hitler y los suyos, provocando, asimismo, que el Führer empezara a tomar masivamente antidepresivos y pastillas para dormir.

Mi padre era entonces el Embajador de España en Egipto, donde reinaba el Rey Faruq que sería derrocado en 1952 por oficiales revolucionarios del Ejército liderados por unos coroneles, Nasser y Naguib. En aquella época ese tipo de Embajadas se denominaban muchas veces “Legaciones” al frente de las cuales había “Ministros Plenipotenciarios”. La denominación de “Embajada” se reservaba para las representaciones en los grandes países europeos y mundiales. Los vientos de la igualdad soplarían más adelante. Siempre antes de nacer yo, en noviembre de 1942, tuvo lugar la segunda batalla del Alamein con la que los británicos, liderados por el General Montgomery, pararon definitivamente el avance del Afrika Korps alemán a cuyo frente estaba el General Rommel. Otro parón estratégico fundamental.

Los alemanes ya no pudieron soñar con apoderarse del Canal de Suez, cortar los suministros aliados desde el Oriente Medio y el Índico y, asimismo, apoderarse de los campos de petróleo en la Península Arábiga. Más que traerles yo suerte a los aliados, puede que la intervención decisiva de Estados Unidos en la guerra empezara a tener buenas consecuencias.

El 27 de febrero de 1943 fue un sábado, por lo que deduzco que llegué dispuesto a disfrutar de ese fin de semana y de todos los que han seguido desde entonces. Buscando efemérides de esa fecha, he constatado que Carlos I de España y V de Alemania creó ese día en 1537 la Infantería de Marina, y Carlos III aprobó la Pragmática Sanción en 1767 por la que se expulsaron a los Jesuitas de todos los dominios de la Monarquía española (¡luego volvieron!). En 1801 declaramos un 27 de febrero la Guerra de las Naranjas contra Portugal y en 1981 tuvo lugar en Madrid una manifestación masiva contra el golpismo y en favor de la democracia y de la Constitución de 1978 a raíz del fracasado golpe de Estado del 23-F. Son solo unos botones de muestra.

Mis padres residieron en El Cairo de 1939 a 1946, aproximadamente. Mi padre, Carlos Miranda y Quartín, que luego rehabilitó el título de Conde de Casa Miranda, creado en 1877 a favor de Joaquina Miranda que heredé de mi padre al ser su único hijo, estaba al cargo de nuestra Embajada en ese país, después de haber pasado la Guerra Civil al frente de nuestra Representación en Bulgaria. Estando en Sofía, estalló nuestra Guerra Civil o incivil y decidió unirse a los rebeldes de Franco tras una cierta vacilación por lo que tuvo que cambiar de sede pues Bulgaria siguió reconociendo la II República.

La segunda persona en disfrutar del título nobiliario fue Ángel Vallejo Miranda, hijo de la primera concesionaria, María Joaquina de Miranda Rivas, que fue agregado a la Embajada de España en París y estuvo relacionado políticamente con Prim y Cánovas del Castillo, llegando a ser, asimismo, diputado por un distrito de Puerto Rico. Se casó en segundas nupcias con una afamada soprano sueca, Christina Nilsson, algo acerca de lo que siempre me han preguntado algunos interlocutores de ese país al conocer mi título cuando he estado en Suecia. Una sobrina nieta de Nilsson, también cantante de ópera, quien se puso en contacto conmigo una vez que pasó por Madrid.

No voy a ser yo quien juzgue a mis padres por la elección de unirse a Franco lo cual, como en muchos otros casos, no hicieron a la ligera. Esa Segunda República tampoco fue una panacea. Parece que mi madre,

María Teresa Elío y González de Amezua, Condesa de Casa Real (desde los diecisiete años tras fallecer su padre), un título nobiliario rehabilitado por mi abuelo materno, Lucio Elío y Coig, influyó en la decisión. Tras el 18 de julio, fracasado el levantamiento de los rebeldes en Madrid, dos primos hermanos suyos fueron asesinados.

Mi padre era bastante callado. Fuese por ese motivo, u otros, no me contó mucho de esos años difíciles en España y, luego, en Europa. Desde 1936, inicio de la Guerra Civil, hasta 1945, cuando acabó la Segunda Guerra Mundial, pasaron nada menos que nueve años. Pero, nada me dijo de ese tiempo y, quizás, poco pregunté yo. Creo que tras la Guerra Civil estuvieron brevemente en Tánger, donde mi madre casi fallece por un tifus provocado, me dijo, por una ostra en malas condiciones, salvo que fuese otro mal el que le dio. Desde Tánger emprendieron un viaje hacia Egipto a través de territorios europeos controlados por la Alemania nazi o favorables a la misma. Era la mejor manera, parece ser, de llegar a El Cairo viniendo de una España que tenía grandes simpatías por Hitler.

Tampoco me contaron qué les había atraído recíprocamente. Se conocieron en una boda de amigos, un diplomático, Manuel Bermúdez de Castro, Marqués de Lema, y su novia que, ya casada, solo conocí por su apodo de “Nena”. Sé que mis padres se casaron en 1935, antes de ir a Bulgaria. Mi padre, nacido en 1895 tenía ya cuarenta años y mi madre, llegada a este mundo en 1907; cumplió ese año, veintiocho. Para aquella época, ya eran, los dos, bastante mayorcitos para casarse y, además, yo me hice esperar ocho años.

Ser hijo único nunca me ha planteado problema alguno. Una pitonisa en Milán, muchos años más tarde, para justificar un error suyo según el cual yo tenía algún hermano, me contestó, cuando le subrayé mi condición de hijo único: “¡Que usted sepa!”. En todo caso, nunca me incomodó jugar solo, y hacerlo con otros niños no siempre me era atractivo ya que debía de plegarme a sus gustos. Me crio una Mademoiselle suiza, francófona, de Lausana, que yo llamaba “Zézé” y, como mis padres tenían muchas obligaciones sociales, los recuerdos de mi infancia están más

asociados a ella y a los empleados de la Embajada en Bruselas, de la que mi padre era el titular desde 1951, y a donde llegué con ocho años.

En el 26 de la calle de Montoyer estaba situada, y sigue estándolo cuando redacto estas líneas, la Residencia del Embajador español en Bélgica, comprada en Bruselas durante los años veinte del siglo pasado, con ocasión de una visita de Alfonso XIII, mediante un préstamo, al menos parcial, de la familia Allard, como me contó una vez mi buen amigo Étienne Allard que no está ya entre nosotros y con el que, ya jubilado, tantos planes agradables hicimos Elena y yo, así como con su última media naranja, Tanny Gordon, y nuestros amigos Queta y Álvaro Santa Cruz.

En la planta baja de la Residencia había unos salones y otros en el primer piso donde había dos comedores, uno grande y otro pequeño en el que yo comía si mis padres no estaban o había un almuerzo o cena con invitados. Más arriba, un piso con dos dormitorios donde se alojaban mis padres, un cuarto de invitados y un cuarto de plancha. Más arriba aun, otros dormitorios entre los cuales había uno de invitados, el de Zezé y el mío que daban a la fachada principal y unos de servicio al patio trasero. Al fondo de ese patio, unas cocheras donde se guardaban los automóviles y, encima, unos alojamientos para alguna servidumbre.

De entre el personal de la Embajada, recuerdo especialmente al mayordomo, Marcel, belga, que me servía las comidas en el comedor pequeño; a Pedro, español, uno de sus ayudantes; y a los conductores que me llevaban al colegio, otro Pedro, también español, y, sobre todo, Paul, el conductor principal, un belga voluminoso, simpático y criador de palomas mensajeras con las que competía. También, dos chicas españolas que se ocupaban de los menesteres domésticos, Dora y Ovidia.

Marcel nos servía la cena a mí y a Zezé en ese comedor pequeño cuando mis padres no cenaban en la Residencia. En ausencia de Marcel nos atendía Pedro que, me dijeron, había realizado trabajos forzosos en el Valle de los Caídos, en el Valle de Cuelgamuros. Había un enorme cuadro de Palma de Mallorca y multitud de sillas contra las paredes que se pasaban al comedor principal cuando había cenas con muchos comensales en una

mesa que admitía una treintena. Muchos años más tarde pude constatar que el cuadro de Palma bajó a uno de los salones de la Residencia.

En ese comedor pequeño, pues, Marcel, con un delantal de faena de rayas finas negras y rojas, como el de Nestor, mayordomo del Capitán Haddock en los álbumes de Tintín, nos servía la cena. Tras lo que se sentaba en una de esas sillas contra las paredes y charlaba con nosotros. Hablaba de cualquier cosa y yo absorbía. Contaba que tenía una partida de billar en un bar en la cercana Place du Luxembourg, donde había entonces una estación de trenes que partían hacia la provincia belga de Luxemburgo y el Gran Ducado del mismo nombre al otro lado de la frontera. Cuando alguien le caía bien, decía de él que era un *castard*. En Bélgica es un hombre fuerte, pero, asimismo, un tipo estupendo.

Paul, el conductor veterano, era un bondadoso señor que, sin embargo, ponía muy nerviosa a mi madre. Yo le tenía mucho cariño, y siempre tenía una vertiente didáctica sobre las cosas que ocurrían alrededor nuestro. Ya con 17 años me iba con él a un parque en las afueras de Bruselas, Le Parc de Tervuren, y allí conducía yo el coche de mi madre, un Renault *Dauphine* color crema amarillento, por una carretera interna, entonces abierta al tráfico, del parque que también acogía Le Musée du Congo, luego rebautizado Musée Royal de l'Afrique Centrale, tras independizarse la colonia belga del Congo. Paul me hacía insertar el vehículo entre dos árboles marcha atrás para enseñarme a aparcar. Alguna vez me llevó a su casa donde tenía un palomar en la buhardilla, con las palomas mensajeras que él criaba.

Dora y Ovidia eran muy cariñosas, pero asimismo eran las que me solían regañar por hacer cosas prohibidas. Dora era más recia y Ovidia nos subía el desayuno a Zézé y a mí, entre los ladridos de Micky, un fox terrier que habíamos adquirido en una sociedad de recogida de perros abandonados, la Croix Bleu. Blanco con manchas negras, tenía dos prácticamente iguales alrededor de sus ojos y parecía que llevaba gafas de sol.

Yo reclamaba un perro desde muy pequeño. Mi madre me lo prometió cuando tuviésemos un jardín. En la Residencia de la Embajada en Bruselas no había un jardín, pero sí había un patio. Llegó pues Micky que me hizo